

SARAH WINNEMUCCA: «PRINCESA» Y VOZ DE LOS PAYUTES

Sarah Winnemucca ha pasado a la historia de los Estados Unidos como la primera mujer nativoamericana en publicar un libro: *Life among the Paiutes: Their Wrongs and Claims* (1883). Éste es quizás el más visible y fundamental de sus méritos, pero no el único. Aunque, indudablemente, el pertenecer a una minoría doblemente marginada (como india y como mujer), hace que Sarah Winnemucca sea una figura relevante desde tres puntos de vista: como exponente de la cultura india, como voz combativa frente al gobierno americano y, por último, como representante de los valores de la mujer india. Todo ello la ha convertido en un personaje de excepción para conocer mejor la cultura india y, más concretamente, la verdadera situación de la mujer dentro de la tribu, mucho más igualitaria y avanzada que la que experimentaba la mujer blanca en la misma época.

Nació probablemente en 1844 en la región de Pyramid Lake, cerca del río Humboldt, en lo que hoy día es el estado de Nevada. Era nieta del gran jefe Truckee e hija del jefe Winnemucca, de la tribu de los payutes. Éstos conformaban una tribu nómada que se abastecía de recursos naturales y que cambiaba su lugar de residencia en función de la estación del año. Su medio de vida era sobre todo la caza, la recolección de semillas (especialmente piñones de pino) y la pesca en ríos y lagos. Sarah Winnemucca pasó gran parte de su infancia en el Valle de San Joaquín en California, y fue allí donde aprendió español. Más tarde residiría brevemente en un convento católico en San José (California), hasta que las quejas provenientes de padres de las niñas blancas, sobre la no conveniencia de que sus hijas tuvieran contacto con una niña india, hicieron que fuera expulsada. Su abuelo la llevaría posteriormente a la casa de William Ormsby, en Carson City (hoy capital del estado de Nevada), para que fuera educada según las costumbres blancas, y así se convirtió en una de las pocas payutes que aprendieron a hablar y escribir en inglés. Fue en esta época cuando asumió el nombre de «Sarah», ya que su nombre original era el de Thocmetony («*shell flower*» o «flor del paraíso»). A la edad de 14 años ya sabía hablar varias lenguas: español, inglés y tres dialectos indios. Esta habilidad lingüística sería fundamental para su vida futura.

Estamos ante una mujer que vivió en una encrucijada entre dos mundos: el anglosajón y su propio mundo indio. Su trayectoria estuvo determinada por el carácter amigable de su abuelo con respecto a los colonizadores blancos, que en muchos casos se comportaban realmente como invasores. Truckee, nombre indio que significaba «bueno», era un hombre que pensaba que los blancos y los indios





habían sido en un tiempo anterior hijos de los mismos padres y habían convivido en paz, pero que más tarde se pelearon y tuvieron que alejarse, poblando distintos puntos de la tierra. Sin embargo, también estaba convencido de que en algún momento ambos debían reencontrarse y hacer las paces. Es por esto que siempre recibía afablemente a los soldados o simplemente a los hombres blancos que iban a parar a sus tierras, prestándoles ayuda y considerándolos «hermanos», pues pensaba que eran descendientes de esos hijos blancos cuyos padres tenían en común. El «capitán» Truckee tuvo relaciones especialmente cercanas con algunos miembros del ejército americano. Entre otras cosas, actuó como guía para el capitán John C. Fremont durante su expedición por las vastas tierras de lo que hoy se conoce como la Gran Cuenca, un enorme territorio que ocupa 250.000 km cuadrados o, lo que es lo mismo, una amplísima extensión que hoy forma parte de los estados de Nevada, Utah, California, Idaho, Oregón y Wyoming. También colaboró con el ejército en la guerra contra México (1845-1848), yendo con Fremont y once de sus mejores hombres hasta California para luchar contra los mexicanos.

Sarah heredaría de su abuelo la misma predisposición bondadosa hacia los blancos, aunque su percepción de ellos estuvo siempre mediatizada por el comportamiento muchas veces reprochable de algunos, y en el texto que se incluye se aprecia cierta dosis de ironía cuando se refiere a ellos como «esa gente a la que mi abuelo llama sus hermanos blancos». En cualquier caso, Sarah Winnemucca contribuyó muchísimo al entendimiento entre indios y blancos. Así, entre 1866 y 1875 trabajó como intérprete para el ejército en el fuerte McDermitt en Nevada y en el campamento Harney en Oregón. Después de fracasar su matrimonio con el teniente Edgard C. Bartlett, abandonó el fuerte y volvió con su tribu a la reserva de Malheur en Oregón. Allí fundaría una escuela local y también actuó como intérprete para el agente indio Samuel Parrish¹, quien resultó ser un hombre de principios y gracias al cual los payutes llevaron a cabo un buen proyecto agrícola. Sin embargo, el sustituto de Parrish después de cuatro años, William Rinehart, no fue precisamente un benefactor de los payutes, pues incluso se negaba a pagarles por su trabajo en los campos, les robaba los suministros que el gobierno enviaba a la reserva y los vendía a cualquiera que pudiera pagarlos. Las condiciones de vida en la reserva de Malheur fueron deteriorándose y la situación de miseria se hizo insostenible. A esto hay que añadir el hecho de que los colonos blancos poco a poco se iban apropiando de las mejores tierras pertenecientes a los indios. En 1878 los payutes y los bannock²

¹ La figura del agente indio fue muy relevante en la vida de todas las tribus indias de aquella época. Aunque relevante no es sinónimo de beneficiosa. Al contrario, los agentes indios eran en la mayoría de los casos personas corruptas y de moral muy reprochable que, lejos de cumplir su función como intermediarios entre las tribus indias y el gobierno de Washington, promoviendo las buenas relaciones y el entendimiento entre ambos, se limitaban a aprovecharse de los recursos de las comunidades indias, a robar y comerciar con los abastecimientos proporcionados por el gobierno, y, en definitiva, a actuar en su propio interés.

² Los bannock eran, como los payutes, una tribu nómada, que poblaban lo que actualmente es el sudeste de Oregón y el oeste de Idaho.

abandonaron la reserva y los bannock comenzaron a asaltar poblados blancos al sur de Oregón y norte de Nevada, dando lugar en 1878 a lo que se conoció como la Guerra Bannock (*Bannock War*).

Durante esta guerra, Sarah Winnemucca trabajó como traductora y guía para el ejército de los Estados Unidos, aunque no fue justamente recompensada por esta labor. Después de la guerra, los payutes debían haber sido devueltos a la reserva de Malheur pero, en vez de eso, fueron confinados en la reserva de Yakima, situada en el estado de Washington, al noroeste del país y en la frontera con Canadá. El viaje se realizó en invierno y los payutes no tenían vestimentas adecuadas para soportar el terrible frío y la nieve. Muchos de ellos murieron en el camino. La vida en esta reserva resultó una tortura para los payutes, que no estaban acostumbrados a las gélidas temperaturas de esta zona, y donde conseguir sustento utilizando sus métodos tradicionales era una empresa totalmente imposible. A consecuencia de las duras experiencias vividas en Yakima, Sarah decidió recorrer California y Nevada dando conferencias para que el público conociera las condiciones de vida y los padecimientos de su tribu a manos del gobierno y los agentes indios. El *leit-motiv* de este proyecto era defender los derechos de su tribu, que estaba retenida en contra de su voluntad en la reserva de Yakima³. En el invierno de 1880 ella y su padre fueron a Washington DC y obtuvieron permiso del secretario del Interior, Carl Schurz, para regresar a Malheur. Sin embargo, esta promesa se incumplió durante muchos años y los payutes tuvieron que permanecer en el infierno de Yakima por más tiempo del que deseaban.

Mientras daba conferencias en San Francisco⁴, Sarah conoció y se casó con Lewis H. Hopkins, un empleado del Departamento de Asuntos Indios. Con él viajó al este y en Boston conocieron a las hermanas Elizabeth Peabody y Mary Peabody⁵, quienes promocionaron su carrera como conferenciante en diversas ciu-

³ Winnemucca también pretendía obtener oficialmente el estatus de «ciudadanos» para su tribu, algo que paradójicamente las poblaciones indias sólo conseguirían después de la I Guerra Mundial, y como recompensa por la participación de soldados indios en la guerra.

⁴ Fue en esta ciudad donde el *San Francisco Chronicle* le puso el apelativo de «princesa Sarah», debido al estilo tan inusual que desplegaba en sus charlas, donde contaba anécdotas y chistes, relataba historias y mitos de su pueblo, podía ser melodramática y sarcástica a la vez. La forma de expresarse que tenía Sarah Winnemucca era totalmente ajena a lo que el público blanco conocía, y esto era precisamente lo que hacía tan atractivas sus conferencias, que en algunos casos se convertían realmente en «performances» donde bailaba, actuaba y, por supuesto, hablaba.

⁵ Las hermanas Peabody, tal como han pasado a ser conocidas, eran Elizabeth (1804-1894), Mary (1807-1887) y Sophia (1809-1871). Las tres fueron figuras muy conocidas en los círculos liberales e intelectuales de Boston, apoyando causas humanitarias como el Movimiento Abolicionista, por ejemplo, o los derechos de los nativoamericanos. Sobre todo Elizabeth formó parte de los movimientos más progresistas de la época. De hecho, fue una figura relevante del Movimiento Transcendentalista, editora de la revista del movimiento —*The Dial*— durante dos años, y contribuyó muchísimo a establecer en los Estados Unidos lo que se conoce como el «Kindergarten Movement». Este movimiento estaba inspirado en las teorías del educador alemán Friedrich Froebel, que creía en la necesidad de articular una transición educativa para los niños desde el hogar hasta la escuela





dades del este. Entre abril de 1883 y agosto de 1884 Sarah Winnemucca dio alrededor de trescientas charlas en ciudades como Boston, Nueva York, Baltimore o Washington DC. Las hermanas Peabody le conseguían los fondos para sus viajes, y, lo más importante, la ayudaron a preparar la redacción de *Life among the Paiutes*, pues aunque Winnemucca hablaba bien el inglés, necesitaba ayuda para corregir fallos de ortografía y gramática.

Después de regresar a Nevada nuevamente, Sarah fundó en 1884 una escuela para niños indios, la *Peabody Indian School*, que practicaba el bilingüismo, pero que ponía especial énfasis en reafirmar y enseñar el estilo de vida y las lenguas indias. Pero esta escuela funcionó sólo durante cuatro años, ya que en 1887 la Ley *Dawes Severalty* estableció que los niños indios fueran a escuelas donde se les obligaba a hablar inglés y se les prohibía hablar sus lenguas maternas. Algunos de estos niños llegaron a ser literalmente arrebatados de los brazos de sus madres y llevados a estas escuelas, que funcionaban además como internados, pues la intención del gobierno era romper todos los vínculos de los niños con su pasado indio. De nada sirvió que en 1886 Sarah publicara un panfleto titulado «Sarah Winnemucca's Practical Solution to the Indian Problem», una lista de sugerencias para evitar que cerraran la escuela que había fundado. Las medidas asimilacionistas del gobierno americano se cumplían al pie de la letra y la máquina para borrar los rasgos culturales indios funcionaba a pleno rendimiento. Después de lo que ella consideró su último fracaso, Sarah Winnemucca se fue a vivir con su hermana a Henrys Lake (Idaho) y allí murió de tuberculosis el 16 de octubre de 1891, a la edad de 47 años aproximadamente.

LIFE AMONG THE PAIUTES: THEIR WRONGS AND CLAIMS (1883): CARACTERÍSTICAS Y RECEPCIÓN CRÍTICA

Aunque el libro de Sarah Winnemucca ha sido definido como una autobiografía, habría que aclarar que presenta algunas diferencias con respecto a lo que en la tradición literaria occidental se conoce como tal. Si en las autobiografías al uso el primer objetivo es el de presentar un autorretrato de la protagonista, ocupando ella el lugar principal y hablando desde su perspectiva personal, en ésta no encontramos tal intención. Al contrario, la motivación de Winnemucca no es hablar de ella misma, sino de su tribu. La identidad individual se funde, pues, con la identidad colec-

formal. En 1840 acuñó el término *kindergarten*, literalmente «jardín de infancia», y concibió esta fase de la educación como un paso necesario para los niños, donde primaba el concepto de «actividad» en sus diversas manifestaciones: cantar, bailar, jugar, etc. Elizabeth Peabody acogió estas ideas inmediatamente, ya que ella misma era educadora y maestra de ideas avanzadas. En una época en que la educación se constituía como un rígido sistema disciplinario en el que los niños debían aprender de forma mecánica y aburrida las diversas disciplinas, el ideario del *Kindergarten Movement* aparecía como una forma de aliviar al niño el paso brusco del hogar a la escuela.

tiva de su gente y el libro es realmente el relato de la relación de los payutes con los blancos. Su objetivo principal es dar a conocer al público las miserias y los padecimientos de su gente provocados por los soldados americanos, los colonos o los agentes indios enviados por el gobierno. Por lo tanto, no es realmente una autobiografía, sino un texto que defiende la causa de los indios payute y que promueve una imagen de los mismos muy alejada de aquella que la mentalidad blanca traía consigo en términos de salvajes, sanguinarios, crueles... Hay que tener en cuenta que las tribus indias no tienen una concepción de la subjetividad individual similar a la cristiano-occidental, donde prima la expresión del «yo». Desde su percepción, la identidad fundamental está asociada a la comunidad, la tribu.

Sarah Winnemucca ha construido una identidad dialógica en el sentido de que es capaz de hablar de su tribu al mismo tiempo que se adapta a dos formas de expresión que son totalmente ajenas a su propia cultura: la lengua inglesa, por un lado, y la autobiografía, por otro. Éste es un gran mérito del libro, pues refleja el afán conciliador de su autora, que se dirige directamente a los lectores a lo largo del texto, apelando a su sensibilidad y comprensión para conseguir ser entendida. Por otro lado, se trata de un libro bastante complejo en el que encontramos muchos elementos distintos: mitología, etnografía, historia, aventuras, oratoria y ensayo filosófico. Es, en definitiva, un compendio de elementos diversos que se exponen a través de una lectura fácil y entretenida.

Pero también estamos ante una obra subversiva, ya que Winnemucca fue capaz de explotar los recursos que le ofrecía la autobiografía para que la población blanca conociera las injusticias cometidas contra su gente. En este sentido, cuando alguien de una cultura indígena usa la autobiografía está participando en un proceso que Mary Louise Pratt ha denominado «transculturación»⁶, es decir, la manera en que grupos subordinados o marginados seleccionan y reinventan materiales propios de la cultura opresora para conseguir algún fin. Winnemucca ha sido, pues, muy hábil en diseñar su texto como una autobiografía, ya que así introduce una perspectiva personal que resulta adecuada para que un público blanco llegara a comprender que los indios estaban siendo víctimas de un tratamiento inhumano, que incluía desde la contaminación de sus ríos y lagos por la introducción de ganado traído por los colonos blancos, hasta la violación sistemática de sus mujeres⁷, y pasando por el hecho de que muchas veces los blancos quemaban los alimentos que tenían almacenados para pasar el duro invierno.

Aunque cada vez hay más, realmente se puede considerar escasa la bibliografía crítica que existe sobre esta autora. Esto se debe a que cuando la literatura

⁶ Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London, Routledge, 1992.

⁷ La propia hermana menor de Sarah Winnemucca fue violada en varias ocasiones, lo que ella apunta veladamente en el texto, pero sin hacer una referencia directa, pues no quería pecar de indecorosa tratando asuntos que los blancos de clase media seguramente considerarían escabrosos o inmorales.



india empezó a ser estudiada en los departamentos de las universidades americanas, en la década de 1970⁸, la mayoría de los críticos privilegiaba un tipo de literatura combativa y activista que denunciara de forma clara y explícita la situación de opresión que padecían los indios. El texto de Winnemucca fue tachado de demasiado «asimilacionista», ya que, según esta apreciación, el tono empleado por la autora era demasiado suave y sumiso con respecto al tratamiento recibido de parte de los blancos. Algunos críticos llegaron incluso a acusarla de «traicionar» a su gente. Pero yo creo que en ningún momento hubo sumisión por parte de Winnemucca. Más bien, pienso que ella era consciente de que cierto grado de asimilación es necesario si pretendía la supervivencia personal y de su tribu y, por supuesto, la mejoría de sus condiciones de vida. En un contexto político como el que se encontraron los payutes y demás tribus indias, en el que el equilibrio de fuerzas estaba claramente decantado hacia el lado blanco, hay que hacer determinadas concesiones políticas en pro de un objetivo a más largo plazo, como era el de la no erradicación total de los payutes. En este sentido, Winnemucca se vio obligada a hablar con un lenguaje que fuera entendible para los blancos y con una actitud que fuera aceptada por los mismos. Su intención final, como ya he dicho, era la de atraer la atención y la simpatía del público blanco.

Los extractos seleccionados pertenecen a los dos primeros capítulos. El primero de ellos se puede entender como una especie de introducción al mundo de los payutes, y sus primeras relaciones con los blancos. En el segundo, que tiene un carácter bastante etnográfico, la autora nos informa de costumbres sociales, estilos de vida, y la propia organización política de su tribu. El resto del libro se centra en relatar episodios mucho más específicos, como por ejemplo el capítulo VII, que se titula «The Bannock War», o el VIII, titulado «The Yakima Affair». En ambos, la perspectiva de Winnemucca sigue siendo colectiva más que individual y esto es precisamente lo que caracteriza de forma peculiar esta autobiografía, que hoy en día se ha convertido en un texto fundamental en los estudios indios en general, y en el de la literatura nativoamericana en particular.

SELECCIÓN DE TEXTOS

CAPÍTULO I. PRIMER ENCUENTRO ENTRE LOS PAYUTES Y LOS BLANCOS

Nací alrededor de 1844 pero no sé exactamente cuándo. Era muy pequeña cuando los primeros blancos llegaron a nuestras tierras. Llegaron como leones, sí,

⁸ Este movimiento académico coincidió con la fundación en 1968 del *American Indian Movement*, que en términos similares a los del *Civil Rights Movement* con la población afroamericana, pretendía defender a los indios del abuso policial, la marginación social y política y la supresión institucional de su cultura. Era un movimiento activista y político que tuvo un desarrollo paralelo en las universidades, que poco a poco fueron creando departamentos de *Indian Studies*, encargados de recuperar y estudiar la literatura nativoamericana.

como leones rugiendo y así han continuado desde entonces. Nunca he olvidado su primera venida. Mi gente estaba en aquella época diseminada a lo largo y ancho de lo que hoy es el territorio conocido como Nevada. Mi abuelo era el jefe de toda la nación payute y estaba acampado cerca de Humboldt Lake con una pequeña parte de su tribu cuando vieron venir a un grupo de gente que viajaba hacia el este desde California. Cuando le dieron la noticia a mi abuelo preguntó que cómo eran físicamente. Cuando le dijeron que tenían pelo en la cara y que eran blancos, saltó de su asiento, apretó sus manos y gritó muy alto:

¡Mis hermanos blancos —mis largamente buscados hermanos blancos han llegado por fin!

Inmediatamente reunió a algunos de sus mejores hombres y fueron al lugar donde aquel grupo había acampado. Al acercarse a ellos, le ordenaron que se parara de una manera que entendió rápidamente sin necesidad de intérprete. El abuelo enseguida hizo gestos amistosos tirando su manto al suelo y levantando sus manos en alto para mostrarles que no llevaba armas; pero fue en vano —lo mantuvieron a distancia. No sabía qué hacer. Había guardado tantas expectativas agradables para cuando llegaran sus hermanos blancos que, después de mirarlos con pena durante un rato, se alejó sintiéndose muy infeliz. Pero no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Cogió a algunos de sus hombres de confianza y los siguió día tras día, acampando cerca de ellos durante la noche y viajando con ellos durante el día, esperando así ganarse su confianza. Pero se decepcionó, ¡pobre hombre!

Me puedo imaginar sus sentimientos puesto que yo he bebido también de la misma copa. Cuando pienso en mi vida pasada y en los amargos trances por los que he pasado, difícilmente puedo creer que siga viva y, sin embargo, lo estoy; y con la ayuda de Aquél que ve la caída de la flecha me propongo luchar por mi oprimida raza mientras tenga vida.

Viendo que ellos no iban a confiar en él, mi abuelo los dejó diciendo, «Quizás vuelvan otra vez el próximo año». Entonces convocó a su pueblo y les contó este relato:

Al principio del mundo había solamente cuatro, dos niños y dos niñas. Nuestros padres eran sólo dos y nosotros somos sus hijos. Todos ustedes saben que hace mucho tiempo había una familia feliz en este mundo. Un niño y una niña eran oscuros y los otros eran blancos. Durante un tiempo se llevaron bien pero pronto empezaron a pelear y entonces empezaron los problemas. Se enfadaban y peleaban y nuestros padres estaban muy apenados. Ellos rezaban por que sus hijos recapacitaran pero no sirvió de nada; más tarde el ambiente se hizo tan difícil que el padre y la madre vieron que debían separar a sus hijos; entonces nuestro padre les preguntó, «¿por qué son tan crueles entre ustedes?». Ellos bajaron la cabeza sin decir nada. Estaban avergonzados. Él les dijo: «¿Acaso no he sido amable con todos ustedes y no les he dado todo lo que han necesitado? Mis queridos hijos, tengo el poder de daros toda la caza que necesitáis pero también tengo el poder de separar a mis hijos si no se portan bien entre ellos». Entonces les dijo: «Separaos, hijos crueles; traspasad el inmenso océano y no sean una amenaza los unos para los otros».

Entonces, el chico y la chica blancos desaparecieron y sus padres nunca más los volvieron a ver. Se apenaron mucho aunque sabían que sus hijos eran felices. Y poco a poco los hijos oscuros crecieron y se convirtieron en una gran nación; nosotros creemos que pertenecemos a esa nación y que la nación surgida de los hijos blancos algún día enviaría a alguien a encontrarse con nosotros y solucionar todos los problemas. Por tanto, la gente blanca que vimos hace unos días deben ser seguramente nuestros hermanos blancos y yo quiero darles la bienvenida. Quiero amarlos tanto como los amo a ustedes. Pero ellos no me dejaron; tenían miedo. Pero vendrán otra vez y yo quiero que ustedes prometan que, si yo no vivo lo suficiente para acogerlos yo mismo, no les tocarán un solo pelo de la cabeza, sino que les darán la bienvenida como yo he tratado de hacer.

Qué bueno por su parte el que intentara curar la herida pero qué vanos fueron sus esfuerzos. Mi gente nunca había visto a un hombre blanco y, sin embargo, ellos existían y eran una raza muy fuerte. La gente le prometió a mi abuelo lo que él les pidió y todos volvieron a su trabajo.

Al año siguiente vino un gran grupo y acamparon cerca de Humboldt Lake. El nombre del hombre al frente de los carros era el capitán Johnson, y permanecieron allí tres días para dar descanso a los caballos, pues tenían ante sí un largo viaje. Durante su estancia mi abuelo y algunos de sus hombres los visitaron y todos se dieron la mano y, cuando nuestros hermanos blancos se fueron, le dieron a mi abuelo una bandeja de hojalata blanca. ¡Oh! ¡Qué bien se lo pasaron con aquel hermoso regalo —era tan brillante! Cuando se fueron, mi abuelo llamó a toda su gente y les enseñó el hermoso regalo que había recibido de sus hermanos blancos. Todos estaban encantados; nunca habíamos visto nada igual. A mi abuelo le gustó tanto que le hizo unos agujeros y se lo puso en la cabeza, lo llevaba como un sombrero. Con mucho orgullo. Aquel invierno no hablaron de otra cosa que de sus hermanos blancos. La siguiente primavera llegaron noticias de Humboldt River, informaban de que iban a venir más hombres blancos y que había algo entre ellos que ardía como una llamarada. Mi abuelo les preguntó a qué se parecía. Ellos le dijeron que se parecía a un hombre; tenía brazos y piernas y una cabeza pero la cabeza se había quemado y se había quedado negra. Hubo un gran revuelo entre mi gente alrededor de aquellos hombres que ardían como llamas. Estaban entusiasmados porque pensaban que sólo existían indios y blancos en el mundo y no sabíamos de dónde habían venido los otros y seguimos sin saberlo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, ¡qué cosa más ocurrente! ¡Eran dos negros con camisas rojas!

Al tercer año vinieron más personas y en el verano vino el capitán Fremont, que es ahora el general Fremont. Mi abuelo lo conoció y se hicieron amigos. Se conocieron justo donde el ferrocarril cruza el río Truckee, que ahora se llama Wadsworth, en Nevada. Fremont le dio a mi abuelo el apelativo de capitán Truckee y también le puso el mismo nombre al río. Truckee es un nombre indio, significa «de acuerdo» o «muy bien». Un grupo de doce hombres de mi gente fue a California con el capitán Fremont. No sé cuánto tiempo estuvieron allí. [...]

A la primavera siguiente, antes de que mi abuelo regresara, hubo un gran revuelo entre mi gente debido a unas noticias que provenían de distintas tribus. Informaban de que aquella gente a la que llamábamos nuestros hermanos blancos



estaban matando a todo aquel que se encontraban en el camino y que todas las tribus indias se habían ido a las montañas para salvar sus vidas. Entonces mi padre nos dijo que debíamos cazar y almacenar comida y todos nos fuimos a las montañas. A los niños nos contaron una historia horrible. Nuestras madres nos dijeron que los blancos mataban a todo el mundo y se los comían. Así que todos les teníamos miedo. Cada vez que se levantaba polvo en los valles pensábamos que eran los blancos. A finales del otoño mi padre le dijo a su gente que fueran a los ríos a pescar, todos fuimos a Humboldt River y las mujeres se dedicaron a recoger semillas que luego molían con dos piedras. [...]

¡Oh! Qué miedo pasamos una mañana cuando oímos que algunos blancos iban a venir. Todos corrimos tan rápido como pudimos. Mi pobre madre se quedó rezagada con mi hermana pequeña y conmigo. ¡Oh! Nunca podré olvidarlo. Mi pobre madre cargaba a la pequeña a la espalda e intentaba que yo corriera; pero yo estaba tan asustada que no podía mover los pies. Mientras mi madre intentaba hacerme correr, mi tía nos alcanzó y le dijo a mi madre: « ¡Vamos a enterrar a las niñas, o nos matarán y nos comerán a todas!». Así que se pusieron a trabajar y nos enterraron y nos dijeron que no gritáramos aunque oyéramos ruidos, ya que si lo hacíamos los blancos nos matarían y nos comerían. Nuestras madres nos enterraron a mí y a mi prima, y nos pusieron hojas de arbustos encima para que el sol no nos quemara y nos dejaron allí todo el día.

¡Oh! ¿Alguien puede imaginar mis sentimientos al ser *enterrada viva*, pensando a cada minuto que iba a ser desenterrada y comida por esa gente que mi abuelo amaba tanto? [...] Al final, gracias a Dios, vino la noche. Oímos susurros. Podía oír pasos acercándose más y más. Pensé que el corazón se me iba a salir por la boca. Después oí a mi madre decir: «¡Es aquí mismo!» ¡Oh! ¿Se pueden imaginar cómo me sentí cuando fui desenterrada por mis pobres padres? [...]

Bien, mientras nosotros estábamos escondidos en las montañas, la gente que mi abuelo llamaba nuestros hermanos blancos vinieron hasta donde guardábamos nuestras provisiones para el invierno. Le prendieron fuego a todo. Era una imagen tenebrosa. Era todo lo que teníamos para el invierno, y lo quemaron todo en una noche. Mi padre cogió a algunos de sus hombres para intentar salvar algo pero no pudieron; antes de llegar allí, ya estaba todo calcinado. [...]

Uno de los amigos de mi abuelo se llamaba Scout y el otro Bonsal. Después de llegar al río San Joaquín, su amigo cazaba para él y su gente. Nosotros permanecemos allí durante algún tiempo. Entonces, el abuelo nos dijo que se había hecho cargo de los caballos y el ganado del Sr. Scout y que iba a llevarlos a las montañas para cuidárselos a sus hermanos blancos. Él quería que mis tíos y sus familias y mi madre y sus dos hijos y tres hijas nos quedáramos donde estábamos. [...] Mi madre empezó a gritar y dijo: «¡Oh Padre, no nos dejes aquí! Mis hijos podrían ponerse enfermos, y no habría nadie que nos pudiera ayudar, o algo peor podría ocurrir». Entonces él dijo otra vez: «No creo que mis hermanos hagan nada malo contra ti o tus hijos». Entonces mi madre le preguntó a mi abuelo si podía llevar a mi hermana con él. Mi pobre madre pensaba que su hija no estaría segura porque era muy joven y guapa. «Me gustaría llevármela», dijo, «pero quiero que aprenda a trabajar y a cocinar. Scott y Bonsal dicen que cuidarán muy bien a ti y a tus hijas. No las voy a

dejar completamente solas; vuestros hermanos estarán con ustedes». Así que nos quedamos. Los dos hombres eran dueños de una barca y tenían un montón de dinero. Mis hermanos cuidaron de sus caballos y sus vacas todo el invierno, y ellos les pagaron muy bien por su trabajo. ¡Pero cuántos problemas tuvimos durante un tiempo! Los hombres que nuestro abuelo llamaba sus hermanos venían a nuestro campo y le pedían a mi madre que les diera a mi hermana. Venían por la noche y todos gritábamos y llorábamos pero eso no los detenía. Mis hermanos y tíos no se atrevían a decir nada por miedo a que les dispararan. Así que cada noche después de oscurecer nos íbamos y nos escondíamos y volvíamos al campamento por la mañana. [...]

CAPÍTULO II. COSTUMBRES DOMÉSTICAS Y SOCIALES

A nuestros niños se les enseña a querer a todo el mundo. Aunque no necesitamos que nos enseñen a querer a nuestros padres y madres. Los queremos sin que tengan que decírnoslo. Nuestro primo décimo es tan cercano como nuestro primo hermano. Y no nos casamos con parientes. Las chicas jóvenes no pueden hablar con ningún joven que no sea su primo, excepto en las festividades cuando ambos se ponen sus mejores galas, adornadas con cuentas, plumas o conchas [...] Ésta es una ocasión muy especial para la gente joven.

Hace mucho tiempo, cuando mi gente era más feliz de lo que es ahora, solían celebrar el Festival de las Flores en la primavera. Yo sólo he ido a tres de ellos a lo largo de mi vida. [...] Todas las chicas que tienen nombre de flor bailan juntas y todas las que no también bailan juntas. Nuestros padres y abuelos nos hacen sitio para poder bailar. Cada cual corta la flor que tiene por nombre y entonces todas tejen coronas y bufandas con ellas y se visten con ellas.

Mi gente ha sido tan infeliz últimamente que ahora quieren disminuir, en vez de multiplicarse. Las madres tienen miedo de tener más descendencia por miedo a que sean hijas, las cuales no estarían seguras ni siquiera en presencia de sus madres.

Las abuelas ponen un cuidado especial en las chicas justo antes de convertirse en mujeres. Las chicas tienen prohibido casarse antes de ser mujeres; ese período es una cosa sagrada, es el tema de un festival y tiene unas costumbres muy peculiares. A la joven se la aparta para que la cuiden dos de sus amigas, mayores que ella, y se hace una pequeña tienda para ellas llamada *tipi*, a la que se retiran. Ella realiza ciertos trabajos que la fortalecen y que duran veinticinco días. Por ejemplo, durante cinco días, y tres veces al día, ella debe acumular y apilar tan alto como pueda cinco montones de madera. Esto hace quince montones cada día. Al final de los cinco días sus ayudantes la llevan a un río para que se bañe. Ella no puede comer carne durante estos veinticinco días y continuará haciéndolo durante cinco días al mes durante el resto de su vida. Al final de los veinticinco días, ella regresa con sus padres y le da toda su ropa a las chicas que la han ayudado como paga por atenderla. Algunas veces el vestuario es bastante grande.

Así se sabe públicamente que hay otra chica casadera disponible y cualquier joven que esté interesado en ella, o que quiere formar una alianza, se le puede



acercar. Pero el cortejo es muy diferente al cortejo de la gente blanca. Él nunca le habla ni visita a la familia, sino que se esfuerza por atraer su atención mostrándole sus habilidades de jinete, etc. Como él sabe que ella se acuesta al lado de su abuela, entra en la tienda totalmente vestido después de que la familia se ha retirado a descansar y se sienta a los pies de ella. Si ella está durmiendo, su abuela la despierta. Él no habla ni a la anciana ni a ella pero, cuando la chica desea que él se vaya, se levanta y se acuesta al lado de su madre. Entonces él se va tan silenciosamente como entró. Esto sigue así durante un año más o menos si la chica todavía no se ha decidido. Nunca la obligan a casarse en contra de sus deseos. Cuando ella sabe lo que quiere, se lo comunica a su abuela y entonces el joven es llamado por el padre de la chica, quien le pregunta en presencia de ella si realmente ama a su hija. Le recuerda, si él dice que sí, todas las obligaciones de un marido. Entonces le hace a su hija la misma pregunta y le recuerda las tareas que tendrá que desempeñar. Y estas tareas no son sencillas. Tiene que preparar la caza, cocinar, limpiar las pieles, hacerle a él los mocasines, arreglarle su pelo, traer toda la madera —en definitiva, hacer todas las tareas de la casa. Ella promete «ser él mismo» y debe cumplir su promesa. Entonces él y todos sus parientes son invitados a una fiesta. Pero después del compromiso se hace un tipi para almacenar los regalos que llegan por ambas partes.

En la fiesta de la boda se trae toda la comida en cestos. La joven se sienta junto al chico y le da el cesto de comida preparado por ella con sus propias manos. Él no lo coge con la mano derecha sino que toma su muñeca y lo coge con la mano izquierda. Esto constituye la ceremonia de la boda y el padre los declara marido y mujer. Ellos van a una tienda propia en la que viven hasta que nace su primer hijo. Este acontecimiento también se celebra. Tanto el padre como la madre se abstienen de comer cualquier tipo de carne y el padre asume la tarea de apilar la madera durante veinticinco días, haciendo todo el trabajo de su mujer durante ese tiempo. Si él no hace su parte en el cuidado del niño se le considera un marginado. Cada cinco días tiene que cambiar la cesta del niño y las cinco cestas se apartan al final de esos días, siendo la última la que contiene el cordón umbilical envuelto cuidadosamente. Todo se pone bajo un árbol y al niño se le coloca en un cesto nuevo y muy bien decorado. Todo este respeto hacia la madre y el niño hace que los padres sientan su responsabilidad y que el vínculo entre padres e hijos sea muy fuerte. Las madres jóvenes muchas veces se reúnen e intercambian sus experiencias sobre las atenciones de sus maridos; se preguntan unas a otras si el marido se ha portado bien con el recién nacido o si se preocupan por la salud de sus esposas. Cuando ellos se casan, tiran toda la ropa que habían llevado hasta entonces y se visten con ropas totalmente nuevas.

Nuestros chicos se convierten en «hombres» cuando son capaces de cazar ciervos y carneros. Antes de los quince o dieciséis años sólo cazan piezas pequeñas, como conejos, liebres, aves, etc. Nunca comen lo que han matado ellos mismos sino sólo lo que mata su padre o sus hermanos mayores. Cuando un chico es lo suficientemente fuerte para usar arcos más grandes hechos con nervio y flechas adornadas con plumas de águila, entonces caza por primera vez una pieza grande, un ciervo, un antílope o un carnero. Entonces trae a casa la piel y su padre la corta haciendo un carcaj que se enrolla y el chico lo coge y se lo pone a la espalda como si



fuera a ir a cazar, cogiendo su arco y sus flechas. Ahora por primera vez come el animal que ha matado y desde ese momento puede comer todo lo que mata. Ahora puede hacer lo que quiera porque ya es un hombre y no se le considera un chico. Si hay una guerra puede ir; pero a los payutes y a otras tribus al oeste de las Montañas Rocosas no les gusta la guerra. Yo sólo vi una danza de guerra una vez en mi vida. Siempre son los blancos los que comienzan las guerras para sus fines egoístas. El gobierno no se preocupa de mandar a agentes buenos; hay bastantes que se esforzarían por entender a los jefes indios y aprender que tienen buena voluntad hacia los blancos. Pero los blancos no han esperado a ver que los indios son buenos ni a entender las ideas que tienen de Dios, iguales a las de Jesús, a quien llaman Padre, igual que hace mi gente [...]. Mi gente enseña a los niños que no deben burlarse de nadie, no importa cómo sean. Si ves a tu hermano o a tu hermana haciendo algo mal, mira para otro lado o aléjate de ellos. Si te ríes de las personas malas, te pones a un nivel más bajo que ellos. Sé amable con todo el mundo, ricos y pobres y ofrece comida a todo aquel que venga a tu tienda, y tu nombre será recordado en todos lados. De esta manera harás muchos amigos. Sé amable con los buenos y con los malos porque no te conoces a ti mismo. Ésta es la manera en que mi gente enseña a los niños. Ha sido transmitido a través de las generaciones. Nunca en mi vida he visto a nuestros niños comportarse tan groseramente como los niños blancos con la gente mayor en las calles.

La tienda del jefe es la más grande y es la tienda del Consejo, adonde acude todo aquel que necesita ayuda. Por las tardes, los hombres más importantes van allí a hablar sobre todos los asuntos, ya que nuestros jefes no gobiernan como tiranos; discuten de todo con su gente, igual que un padre haría con su familia. Muchas veces se pasan toda la noche hablando. Si un chico va por el mal camino, lo hablan y, si las mujeres están interesadas, también pueden participar en las conversaciones. Si no hay suficiente espacio dentro, salen fuera y forman un gran círculo. Los hombres se ponen en el círculo central pues hay demasiado humo para las mujeres. Los hombres nunca hablan sin fumar primero. Las mujeres se sientan detrás de ellos en otro círculo y, si los niños quieren escuchar, también se les permite estar. Las mujeres saben tanto como los hombres y muchas veces se les pide consejo. Nosotros tenemos una república como ustedes. La tienda del Consejo es nuestro Congreso y todo el que tenga algo que decir puede hablar, las mujeres y todo el mundo. Ellas siempre se interesan por lo que sus maridos hacen o piensan. Y participan de alguna manera incluso en las guerras. Siempre están cerca cuando hay luchas, preparadas para llevarse a sus maridos si resultan heridos o muertos. Una mujer fantástica con la que se casó mi hermano Lee, después de morir su primera mujer, fue al campo de batalla cuando mataron a su tío y llegó hasta el frente para animar a los hombres. El caballo de su tío estaba vestido con un magnífico manto hecho con plumas de águila y ella lo cogió antes de que ellos pudieran cogerlo, pues les gusta mucho alardear de las cosas que les quitan a los que matan. Entonces lo agitó enfrente de ellos como diciéndoles, «No pueden quedarse con esto —aquí lo tengo yo seguro»; y allí se quedó, tomó el lugar de su tío y fue tan valiente como cualquiera de los hombres. Esto es lo que se quiere decir cuando las mujeres prometen a sus padres que harán de sus maridos *ellas mismas*. Es decir, están a su lado en todos los peligros

que puedan correr. No sólo cuidan de los hijos juntos sino que hacen todo juntos; y cuando se quedan ciegos, que desgraciadamente ocurre muy a menudo, debido al humo que acaba dañándoles los ojos, cuidan dulcemente el uno del otro. El matrimonio es algo dulce cuando ambos se aman. Si las mujeres pudieran ir a vuestro Congreso creo que se haría justicia más rápidamente con los indios. No puedo hablar por todos ellos pero sé que mi propia gente es amable con todo aquel que no les haga ningún mal; pero no les gusta que se les imponga nada y, cuando la gente es demasiado mala, se levantan y se rebelan. Esto me parece bien. Es distinto de ser vengativos. No hay nada cruel en mi gente. Nunca le han arrancado la cabellera a un ser humano.

Matilde MARTÍN GONZÁLEZ
Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres
Universidad de La Laguna

